



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS ANTIGUOS CARNAVALES

Ahora que se está anunciando con acentos dramáticos que el próximo año La Habana no podrá gozar de sus tradicionales Carnavales por no contarse con dinero suficiente para poder recibir un respaldo oficial, vienen a nuestra mente las expansiones de Momo en otras épocas en que el regocijo popular brotaba espontáneo desde el hondón de su alma sin importarle nada que las arcas municipales estuviesen repletas o no.

Y eran aquellas Carnestolendas de rancio sabor de pueblo que se mostraba lo mismo en las "máscaras aburridas" que recorrían las calles de la capital en esas fechas señaladas haciendo las delicias de la grey infantil, que en los paseos en coches, primeramente y más tarde en automóviles de fuelle bajo, cargados de bellezas femeninas. ¡Carnavales de sana alegría que saturaban de sandungueras notas musicales la ciudad con sus típicas comparsas, organizadas en cada barrio sin ayuda de la pecunia presupuestal! ¡Bailes en centros regionales, en el tradicional Pilar y colofón bullicioso en la vieja sala de Tacón, bajo las luces de su "araña" célebre y a los acordes del cornetín de Pablito despidiendo a los más trasnochadores con las melodías pegajosas del último "yambú"!

X X X

Recordaremos siempre, siendo muy pequeños, aquellos festejos invernales organizados bajo la regencia de Don Julio de Cárdenas y para los cuales se hicieron venir unas soberbias carrozas que habían sido admiradas semanas antes en New Orleans.

Después, año tras año, disfrutamos de esas fiestas carnaavalescas, según la edad que íbamos alcanzando. Y acompañados de nuestros familiares más queridos presenciábamos, sentados en unas sillas especialmente colocadas en la acera de "El Anón del Prado", situado en la acera de los nones de dicho Paseo, entre Virtudes y Neptuno, el interminable desfile de coches con alegres máscaras —aldeanas, colombinas, mascotas, chinas, japonesas y "watteaus" sin faltar el típico dominó— en tanto nuestro brazo trataba de mostrar incontenible regocijo desenrollando sin tregua cientos de espirales de papel coloreado. ¡Serpentina alemana, a peseta el paquete!

Y la escena del primer paseo se repetía el lunes, el martes y las subsiguientes fechas denominadas: Piñata, la Vieja, Sardina y Figurín.

Un domingo de Piñata, el correspondiente al año de 1914, los habaneros se disponían a disfrutar una vez más, de esas deliciosas fiestas de Momo, cuando una nota dolorosa vino a frustrar aquellos deseos. La víspera había muerto una de

nuestras más veneradas reliquias patrióticas: Don Salvador Cisneros Betancourt, el glorioso Marqués de Santa Lucía. Y todos los festejos señalados para tal día fueron suspendidos, con excepción de uno. Un gran baile de alta sociedad que habría de celebrarse en la lujosa residencia de una de las más destacadas figuras de nuestra política no se sometió a dicha medida, pretextando que el Marqués había fallecido en las últimas horas de la tarde de la fecha señalada para la gran soirée y ya, con todos los gastos realizados, se hacía muy costosa la contraorden.

En 1915 se efectuaron unos Carnavales más de ese tipo. Las comparsas del "Jiquí", de "Chanteleer", de los "Congos de Chávez", del "Alacrán" y otras similares gozaron de sus naturales expansiones, pero al siguiente año Momo se vio precisado a hacer un alto en sus excesos. La sangrienta guerra que azotaba desde hacía largos meses al viejo continente europeo dejaba ya sentir su trágica influencia en esta tierra y fue hasta 1919, después de consumada la victoria de los países aliados, a los cuales Cuba se había unido, que no resurgieron semejantes fiestas, aunque con características distintas. Comenzaba el imperio del automóvil y en plena danza de millones, merced al alto precio del azúcar, los típicos Carnavales humildes, pero de sincero regocijo pasaron al viejo cofre de los recuerdos. Eran Carnestolendas de lujo, de ostentación, que un día decayeron al compás lento, pero sin solución de continuidad de la crisis económica, de las quiebras bancarias, de la moratoria, de la bancarrota.

X X X

Y de ahí en adelante, Momo llevó una vida lánguida, recordando su pasado venturoso, hasta que en 1937, siendo Alcalde de La Habana el ya desaparecido Antonio Beruff Mendieta, nuestro compañero de las aulas escolares, quiso éste resucitar tan típica costumbre. Y se organizó una Comisión de Turismo Municipal que obtuvo gran éxito. Fué así como surgieron las modernas comparsas —ritmo de conga y trajes costosos— que desfilaron alegremente por el Paseo del Prado hasta el majestuoso Capitolio para llevarlas después fuera de nuestras aguas jurisdiccionales, esparciéndolas por todos los ámbitos del planeta esas sandungueras notas musicales afro-cubanas. Pero el sistema se ha ido burocratizando año tras año y ahora anuncia la regencia municipal que tendrán que abolirse tales festejos por no haber dinero suficiente en caja, de la misma manera que suprime un Negociado en una oficina pública por falta de crédito para mantenerlo.

¡Triste pueblo que ya no puede divertirse sanamente, con sincera expresión, sin la ayuda de dineros oficiales!

IO
DOCUMENTAL